

Recogerá, saltando en leves ondas,
El blanco río de menuda harina.

Ya que musa servil loores canta
Al guerrero que al mundo en sangre tiñe
Y la corona á la virtud debida
Doblando la rodilla humilde ciñe;
¡Musa mía! levanta
De éstos los nombres sin culpable miedo,
Y mi patria no ignore
Que el inmenso bien debe
Á Briceño y á Aguayo y á Acevedo.
Y de prez no menor dignos se hicieron
Para ilustrar su nombre,
Aquellos españoles que trajeron
Los animales útiles al hombre.
Junto al hogar medio apagado yace
Adormido el lebril de noble raza:
Mas oiga el eco gemebundo apenas
De la armoniosa trompa de la caza,
Y veréislo partir. La tierra toca
El delicado muso, alarga el cuello,
Y, cual la flecha que silbando rasa,
Con vivísimos saltos atraviesa
Tras la tímida corza ó suelta liebre
El llano, el bosque, el río, la alta roca
Hasta que al fin la presa
Vencida rinde y bárbaro apedaza.

¡Con qué estúpido pasmo no vería
El indio inculto por la vez primera
El altivo corcel! No de la trompa
El ronco son espera;
La leve oreja tiende
Y el fácil cuello enarca
Al rumor de los céfiros de Mayo,
Y fogoso, impaciente se enarmona;
Súbito fuego su pupila enciende,
Dejando ver de su ojo todo el blanco,

Atrás echa la crin en ondas sueltas
Sobre el trémulo flanco,
Y libre del ronzal que lo aprisiona
Vuela en el campo abierto;
Traspasa el seco erial, solo y desierto,
Con duro casco el pedregal trillando;
Ó para en alta loma
Y suelta su relincho sonoro
Si oteó la yeguada desde lejos;
Ó á la orilla del río espacioso
Tranquilo al ruido va del agua mansa,
Con las brisas del monte jugueteando,
Por la alta grama de la fértil vega
Que nuestro patrio Sogamoso riega.

Mas ¿cuál fué la española
(Pues mujer debió ser sensible y bella)
Que, cual triste recuerdo
De patria ausente ó fúnebres amores,
Pasando á la comarca
De la extensa y feliz Cundinamarca
Trajo consigo el germen de las flores?
Débenla nuestros prados y pensiles
Verse alfombrados de las nuevas rosas
Cuando en el cielo ríen los abriles;
Y el clavel salpicado
Con el múrice tirio
La altiva copa alzar en frágil ramo,
Y su manto ostentar, más esplendente
Que los del mismo Salomón, el lirio;
Y la albahaca, del hogar amiga,
Que crece sin fatiga,
Con su aroma empapar todo el ambiente.

Rasgando el aire mudo,
Cuando apunta la luz del nuevo día,
No bajará quejoso el són agudo
De la campana desde excelsa torre
Á celebrar las glorias de María;

Mas del pajizo alar de la cabaña
Saldrá el clangor cual de clarín sonoro
Del gallo vigilante,
Que salude el lucero de la aurora,
Que sube por el éter rutilante
Tiñéndose del sol con la luz de oro;
Y veráse después cómo á la turba
Que su serrallo numeroso puebla,
Con voz amante llama
Á recoger el derramado grano
Del rubio trigo entre la verde grama.
Como después que el labrador recoge
En la espaciosa troje
Los frutos que le dió pródigo el cielo,
De las chisgas el pueblo numeroso,
En alas de los céfiros traído,
Cual én un gran palacio prevenido
Por el Dios bondadoso,
Sobre un árbol copudo abate el vuelo.
Debajo de la tribu desaparece
De repente el follaje; el árbol brilla
Como una grande cúpula de oro,
Y de tanta avecilla
No cesa un punto el gorjear sonoro :
Así de la Misión todos los niños
Cuando oyen la sonora campanilla,
Corren en torno de la cruz que arranca
Enhiesta al aire y cercan al anciano,
Que entre tantas cabezas infantiles
Descuella allí con su cabeza blanca.
¡Oh! ni Platón, ni Sócrates, famosos
En los anales del saber, supieron
Tras largos años de velar continuo
Lo que estos pobres niños, candorosos,
De los trémulos labios del anciano,
Al pie del leño rústico aprendieron.

No es bastante al ardor que el pecho inflama
De los santos discípulos de Cristo

Una sola región y un solo clima.
Ellos irán de amor la pura llama
Á prender en el pecho del salvaje,
Á par las artes de la paz mostrando,
Al suelo donde Arauca se derrama
Y el Meta, y Casanare y raudo Upía,
La inmensa soledad fertilizando.
Subirán á la cumbre siempre yerta,
Trono de la borrasca asordadora,
Y oirán por fin el cántico sonando
En loor de la Cruz reparadora,
En cuantas son las lenguas,
Por cuantas son las tribus que mi patria
Pueblan del Occidente hasta la Aurora.

Y no desmayará su ardiente celo,
Porque después de alzar templos suntuosos
Á nuestro Padre Dios que está en el cielo,
Al enfermo abrirán quietos asilos,
Darán madre á los huérfanos
Y bendecido lecho á los ancianos,
Donde al fin puedan expirar tranquilos.

¡Y es poco aún!..... En su incansable anhelo
Por anunciar la vida á las naciones,
Quiéren centuplicar la voz divina,
Fijando su fugaz é instable vuelo;
Y el árbol de la ciencia,
Que es bien á un tiempo y mal, y vida y muerte,
Que encontró Guttenberg, ellos plantaron,
Antes que otro, en la tierra granadina.

¡Oh! ¡dadme frescas palmas
Con que tejer coronas
Que ornén la sien del vencedor! ¡Oh! ¡dadme
La lira de grandílocuos concetos
Para cantar sus ignorados nombres;
Y en alas de los céfiros llevados
De la tierra á los climas apartados,

Sean amor y orgullo de los hombres!
¡Á todo bien tributo de alabanza!
¡Á toda noble inspiración un canto!
Lo mismo al que confiando su fortuna
Á frágil tabla y á delgado lino
Al Oceano férvido se lanza
Hallando de la América el camino,
Que al que rasgando el florecido manto
De la tierra el arado usó primero:
¡Á todo bien tributo de alabanza!
¡Á toda noble inspiración un canto!

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA.

Hay un íntimo gozo y un contento
En vagar por las selvas primitivas,
Ó con la luz de perla de la aurora,
Ó por la tarde cuando el sol declina.
Gime el desierto con su voz augusta;
Entre el cañaveral suena la brisa,
Y se oye lejos el mugido ronco
Del toro, padre de la grey tardía,
Que al redil se recoge lentamente
Á la hora vespertina.

Desde niño gustóme ver la luna
Lentamente cruzar el firmamento,
Como una nave cándida, impelida
Sobre urnas de nácar por el cierzo.
¡Cuántas veces pasada la tormenta,
Desde elevada torre, vi los cielos
Recóbrar su esplendor, mientras alzaban
Los árboles doblados por el viento
Sus ramos empapados con la lluvia
Y de fragancia llenos!

Recorrí las sabanas solitarias
Sobre corcel indómito y fogoso,
Veloz como el relámpago, revuelto
En densa nube de menudo polvo.
Dasalado salvaba los torrentes,
Que rebramaban con acento ronco,
Y trepaba á la cumbre de los montes,
Y miraba ocultarse poco á poco
El bello sol del trópico en su tumba
De púrpura y de oro.

Y también me he sentado pensativo
Á par de melancólico sepulcro,
Y he visto á la abubilla solitaria
Volar sobre las cruces de los túmulos.
He sentido rodar la secas hojas
Con sordo y melancólico murmullo,
Y vi la espina alzar sus corvos ramos
Abrazando las tumbas, y del buho
Escuché, que se queja entre la sombra,
El eco gemebundo.

Me he sentado á la margen de un gran lago
Siguiendo el curso vario de las ondas,
Que acompasadas baten en la orilla
La suelta arena y las silvestres ovas.
Y he mirado en silencio y distraído,
En la opuesta ribera, alzar la corza
Su enramada cabeza, y á las garzas
Atravesar el lago majestuosas,
Olvidando las penas de mi vida,
En tu margen, oh Tota.

Y al borde de tu horrible precipicio
Me he sentado también, oh Tequendama,
Y escuché con delicia el gran estruendo
Que hacen en la vorágine las aguas:
Imagen de la vida de los hombres
Que á hundirse van en tumba solitaria

Para volar después á otras regiones,
Cual las fugaces nubes que se alzan,
Y brillar, como brillan por tu frente,
Iris de corvas alas!

Mas si naturaleza en tantas formas
Su original belleza nos ofrece,
Ya entre los bosques al caer la tarde,
Ya en las quejas del rápido torrente,
Ya en la luz de la luna solitaria
Que en los antiguos árboles se cierne,
¡Cuán terrífica y grande no se muestra
Dentro del corazón del hombre débil!
¡Qué cuadros en sus páginas la historia
Nos hace ver presentes!

¡Qué abismo el corazón con sus pasiones,
Sus mentirosas glorias y sus males!
Jamás se oyó rugir con mayor fuerza
El ala de los recios huracanes,
Cuando en medrosa noche hundiendo el día
La extensa soledad airados barren.
¡Ay del pobre mortal que solo á solo,
Como Jacob, batalla con el ángel!
¡Feliz al menos al cerrar los ojos,
Si victorioso cae!

Mas la historia no pinta su miseria,
Ni su interior afán, ni su martirio;
No recuerda su llanto solitario,
No rasga el velo á su interior abismo.
¡El hombre es una ruina, más sombría
Que las de Babilonia y las de Tiro;
Campo inmenso, cubierto de cenizas,
Por tempestuosos ábregos barrido,
En que el viajero no halla ni una piedra,
Ni un nombre en ella escrito!

Ved á Núñez Balboa abrirse campo

Á pesar de la suerte y de los hombres,
Hasta subir al templo de la fama
Y grabar triunfador en él su nombre.
De en medio de las filas populares
Se alzó intrépido; así desde los montes
Se lanza á la región de las tormentas
El águila con vuelos vencedores,
Dejando atrás la nube en cuyas alas
Airado el rayo corre.

Su valor es su alcornica esclarecida,
Su espada es el blasón de su nobleza:
De unos pocos soldados rodeado,
Confianza sólo en su feliz estrella,
Puesto el oído al canto de la fama
Que á rematar lo impele la alta empresa,
En los bosques del Istmo, donde nunca
Hombre civilizado puso huella,
Á abrir paso al comercio y á las artes,
Impávido penetra.

¿Qué eran ante su pecho de diamante
Sierras bravías, soledad temible,
Naturaleza virgen en que sacan
En confusión á la región sublime
Sus elegantes copas las palmeras,
Los corpulentos cauchos y los dindes;
Mientras entre el jaral inextricable
Tienden sus brazos los silvestres mimbres,
Formando una muralla que los rayos
Del sol nunca recibe?

¿Ni qué mella en su pecho berroqueño
Pueden hacer los desiguales saltos
Del chacal carnicero, ni el aspecto
De la serpiente rápida, ni el dardo
Del salvaje, habitante de los bosques?
Tal parece que el cielo le ha formado
De otra naturaleza, dándole alma

Dura como el acero ó como el mármol,
Criándolo en la escuela de las penas
Y los duros trabajos.

¡Vedlo! impávido trepa el agrio monte
Que sirve de barrera á entrambos mares,
Abriéndose camino victorioso
Por medio de la selva inextricable.
Ya no se oye el murmullo de las olas,
Ya no se siente el céfiro süave,
Ya no se ven las purpurinas flores
Sus perfumadas copas dar al aire,
Ya no se ve á los pájaros cantores
Dar sus vuelos fugaces.

Una naturaleza más augusta
Grandes cuadros presenta ante los ojos.
Barre fuerte huracán aquellas sierras,
Zumbando airado en los desnudos troncos;
Saltan en blanca espuma de las rocas
Puros y cristalinos los arroyos:
Allí crecen el musgo y los helechos
Y la espelecia de amarillos copos;
Y el gavilan que habita entre las peñas
Pasa volando solo.

Pero el color del cielo es exquisito,
Puro y azul, sereno y transparente,
Como brillantes son los sueños gratos
En que su alma magnánima se mece.
Delante va del escuadrón pequeño
Con paso firme, con serena frente,
Cual el bridón lozano en la yeguada
Primero á los obstáculos se ofrece,
Y alzando airoso la cabeza, corre
Y á un lado y á otro vuelve.

Subió al fin á la cumbre de los Andes,
Y á bajar empezó la alegre tropa;

Y á internarse volvieron en los montes,
Y á caminar bajo la espesa sombra
De árboles seculares; y volvieron
El arrullo á escuchar de las palomas,
Y á romper con la espada las lianas,
Y á oír de lejos el ruido de las ondas,
Mas ondas de otro mar que iba buscando
Vasco Núñez Balboa.

Y sube á alto peñón, á cuya planta
Murmura con amor la onda marina,
Y de repente con asombro y gozo
El *mar del Sur* por vez primera mira.
Desplomáronse lánguidos sus brazos;
Dobló ante tanta gloria la rodilla,
Y mojaron su faz regocijada
Lágrimas inefables de alegría,
Y su pecho, formado por la gloria,
Con la gloria palpita.

¡Oh generosa edad de fe sincera,
Si afeada por crímenes atroces;
En que por Dios y por su rey cumplían
Tanta hazaña inmortal los españoles!
El canto de alabanza acompañaban
Á toda heroica acción aquellos hombres,
Y al Señor humildosos referían
El éxito feliz de sus acciones.
Puesto en pie Vasco Núñez, á su tropa
Dirigía estas voces:

«¡Venid á contemplar, amigos míos,
El blasón inmortal de vuestra fama!
¡Ved ese mar inmenso y apacible
Que venimos buscando, cuál dilata
Hasta el confín del mundo postrimero
Sus ondas bellas que la vista encantan!
¡Está abierta la puerta que tenía
Esta región del mundo separada!

¡Yo tomo posesión del Oceano
Por mi agosto monarca!»

Esto dijo, y desciende espada en mano,
Y á poco ya mojaban sus rodillas
Las aguas de la mar. La mar entonces
Como un espejo inmenso relucía;
Y un himno de contento de sus ondas
Sonando á la región lejana iba,
Que ve las altas torres elevarse
Bajo el cielo purísimo de Lima,
Y á las regiones últimas, desiertas
Que Magallanes vía.

Muchas islas, cual búcaros de flores,
Flotando en esas aguas ve Balboa,
Y las visita sobre frágil balsa
Que de silvestre junco y ramas forma.
Sacan las Hijas de la mar cerúlea
La blanca frente coronada de ovas,
Y le ofrendan las perlas exquisitas,
Espuma de la mar cuajada en gotas:
De amor y admiración débil tributo
Á empresa tan heroica.

Y voló el tiempo, y en su curso trajo
Un hombre audaz, espíritu sublime,
Que asciende á esa atalaya de la tierra,
Toma la clava ponderosa, y dice:
«Yo romperé la roca formidable
Que el comercio del mundo hasta ahora impide;
Y juntando de un mar y otro las olas,
Á las naves daré tránsito libre,
Haciendo verdaderas las hazañas
Del fabuloso Alcides.

»¡Y qué! ¿no puedo yo romper el muro
Que cerraba las puertas del Oriente,
Obra en que desmayaron del Egipto,

Sin alcanzarla, los soberbios reyes?»
—¡Triunfa, pues, oh magnánimo! ¡La gloria
Coronas trenza ya para tus sienas:
Tu obra bendice Dios; y los poetas
Cantan ya en tu loor himnos celestes,
Y tu nombre, Lesseps, y el de Balboa
Juntos irán á las remotas gentes!

LA GOAJIRA.

Á LAS MADRES COLOMBIANAS.

Quando el sol de los trópicos se lanza
En el espacio cóncavo del cielo,
Cual gigante que empieza su carrera,
En oriámbar baña la primera
Una bella región que el mar azota
Que último vió Colón, y el que estremece
La regalada brisa
Que en Paria hermosa los palmeros mece.
Allí, al Poniente, en la región suprema,
Cual los rayos del sol reverberantes,
Cual límpidos diamantes,
De la sierra en la cima resplandece
De granito inmortal la gran diadema.
Soledad deleitosa, fiel remedo
Que ha quedado en la tierra
Del primitivo edén; donde las aguas,
La luz, y el cielo, y las espesas sombras
Del bosque secular, y los rüidos
De blandas ondas y sonoro viento
Se hallan en armonía,
Y son música grata á los oídos,
Descanso al pensamiento,
Paz á la alma, á la mente poesía.

Es la región goajira,
Donde naturaleza abrió la mano,
Y pródiga vertió de su tesoro
Flores y frutos, y esmeraldas, y oro,
Y hermosura y placer; á la que abraza
Enamorado el férvido Océano
De blandas ondas al rumor sonoro;
Donde es divino el cielo que se mira
Encima sonreír claro y sereno,
Y regalada el aura que respira,
Pura y vital, regocijado el seno.

Para el hijo de aquellas soledades
Del alta sierra en albos grumos baja
El afanoso río que, entoldado
Por árboles que vencen las edades,
Roto entre el peñascal gime y borbota.
Para él amante cuaja
En la cerúlea caja,
Que guarda el mar en su profundo seno,
Cambiada en perla transparente gota.

Y cuando el cielo inundan los raudales
De santa luz con que el Oriente brilla,
Despierta para él el almo coro,
En el que oír se deja,
Como reclamo de amorosa queja,
La vencedora voz de sus turpiales,
Entre las mil de innúmera avecilla;
Y hace para él volar en el ambiente
La fragancia que guarda
En sus nectarios de oro
La trepante, aromática vainilla.

¡Y hoy esa tierra está muda y oculta!
¡Y hoy nadie traspasar sus lindes osa!
¡Y hoy esa raza que la puebla, vive
Como las fieras; y ni luz, ni ciencia,
Ni salud, ni verdad, nada recibe!

¡Y esa región es tierra colombiana!
¡Y el viajero que surca el mar Caribe,
Y el que de Paria el litoral azota,
Se pregunta asombrado
Cómo el patrio pendón no en ella flota!
¿Hijos no son acaso también esos
De la patria común? ¿pues cómo yacen
En abandono tal?— Mas de repente
Oigo una voz de luto y de querella,
Y se ofrece á mis ojos
La madre goajira enhiesta y bella.

Por sus hombros y cuello
Baja suelto el undívago cabello
Las formas á velar frescas y puras
De su seno fecundo,
Muy más que el de Cibele, la gran diosa
Que nos fingió la Grecia
Hija del cielo y de Saturno esposa.
La languidez de su húmeda mirada,
Como la del que ha llorado amargamente,
Contrasta con la fúnebre sonrisa
Que vaga por su boca delicada.
Tal sobre el césped que una tumba arropa
Se balancea al soplo de la brisa
De una silvestre flor la bella copa.

«¡Ay! ¡ay de mí infelice!
Con amargura dice,
¿Qué me ha valido ser del almo cielo
Favorecida tanto,
Si mis hijos consumen sin consuelo
Su inútil vida en el error y el llanto?
Unas veces con pie vagan incierto
Por la espesura de la selva umbrosa
O la ribera del sonante río,
Y otras las grandes pampas del desierto,
Rápidos cual relámpago, atraviesan
Sobre corcel indómito y bravío;

Otras, de pie, sobre el excelso escollo,
En el arco apoyados, largas horas
Pasan meditabundos
Contemplando la mar que arrastra airada
De sus ondas gravísimas el rollo
Á romperse con ecos gemebundos.

»¡Ay! y yo misma atravesar he visto
Los senos de este piélago profundos
Á velas desplegadas una nave.....
En una de esas fué do aquí aportaron
En los antiguos días
Los humildes discípulos de Cristo;
Los que con sus palabras de amor suave
De la salud la senda nos mostraron.
Hoy, como siempre, miro
Naves y naves desfilar veloces:
Y hoy, como siempre, en vano yo suspiro
Y en vano lanzo mis dolientes voces.
¡Vosotros, ¡ay! los que os llamáis cristianos,
Los que os llamáis del desgraciado hermanos,
Dad un altar al infeliz goajiro!

»La nave que ahora pasa y desaparece
En el límite combo de los mares,
Lleva tal vez los santos misioneros
Que van á alzar en la última Oceanía
Al verdadero Dios templo y altares.
Y el que llega á estas playas,
Mercader sin entrañas, en retorno
Del saludable bálsamo y las perlas,
Y del oro nativo y plumas gayas,
Nos brinda armas mortíferas, y en copas
En que el licor chispea, alegre vierte
El sueño del espíritu y la muerte.
¡Y veis vosotros esto, y los atroces
Dolores en que expiro,
Y no atendéis á mis dolientes voces!
¿Y todavía os llamaréis cristianos?

¿Diréis que sois del desgraciado hermanos?
¡Tened piedad del trance en que me miro,
Dando un altar al infeliz goajiro!

»Todavía en el fondo de las selvas
Al extraviado cazador admira
Hallar las ruinas del altar sagrado
De la antigua misión: palmas y dindes
Entre las rotas piedras han brotado,
Y la zarza derrama sus festones
De la cruz en un brazo destrozado.

»¡Venid! mano leal y fácil senda
El goajiro os dará, tan fiel amigo
Cuan fatal enemigo en la contienda.
Talad los bosques: surque el pino leve
El mar, y la riqueza de mi seno
Á las regiones más remotas lleve.
Abrid, abrid los puertos;
Trazad caminos y fundad ciudades;
Cambiad en poblaciones los desiertos:
¡Ay! y en retorno de riqueza tanta,
Concededme los bienes á que aspiro:
¡Dadle donde adorar una ara santa,
Y una patria que amar, dad al goajiro!

»Y vosotras, oh madres colombianas,
Mirad mis pobres hijos....
No derramó la púdica azucena
La nieve por su faz, ni sus cabellos
Bajan hasta su cuello en ondas de oro;
Mas mirad de sus ojos los destellos,
Y sus labios rientes
Que dejan ver, iguales cual las horas,
Entre el rojo coral los blancos dientes.....
Su madre soy, y me parecen bellos.
Por amor de los vuestros tan hermosos,
Y junto de vosotras tan dichosos,
¡Tened piedad compadecidas de ellos!